

na le fué muerto el caballo que montaba, y tan encarnizada fué la lucha que el elector Federico Guillermo dirigió el combate personalmente en el sitio más crítico, sin yelmo ni coraza, dirigiendo y animando á los suyos. Es probable que los alemanes hubiesen ganado la victoria á no haber alejado Turena del campo de batalla por un movimiento fingido una parte de los alemanes, sobre todo de la infantería, por lo cual ésta solo se presentó cuando la noche puso fin al combate.

Por lo pronto no podía atribuirse ninguna parte la victoria, y el mismo Turena creyó que volvería á seguir la lucha al día siguiente; pero luego comprendió que había obtenido el más brillante triunfo de su carrera militar.

En el consejo de guerra que celebraron los generales aliados al concluirse la acción decidieron emprender la retirada en dirección de Schlenstadt, á lo cual les indujo el temor del desaliento general del ejército y de que pudiese atacarlos por la espalda desde el punto que había ganado, cortándoles así la retirada sobre Estrasburgo. En su consecuencia, las tropas fatigadas emprendieron la trabajosa marcha en la misma noche. Bournonville, contra lo que se había convenido, se llevó las suyas algunas horas antes que los brandeburgueses sin ningún aviso, abandonando así á los del elector á la persecución de los franceses, que por ventura no molestaron á los alemanes en su retirada. Estos pasaron en los días siguientes en diferentes secciones el puente del Rhin, que tres meses antes habían pasado al entrar en la Alsacia con tanto entusiasmo. El 13 de enero quedó efectuada la retirada á la orilla derecha del Rhin.

La derrota fué completa. Luis XIV hizo acuñar en honor de Turena y de su ejército una medalla en la cual se veían dos guerreros alemanes huyendo aterrorizados ante las armas y trofeos franceses, y debajo la inscripción: *Sexaginta milia Germanorum ultra Rhenum pulsa.*

La Alsacia quedó asolada, engañada en sus esperanzas y expuesta á la venganza y al castigo de la Francia.

Los de Estrasburgo, ciudad que tan francamente había abrazado la causa alemana, trataron de aplacar la cólera del rey de Francia, pues «ayúdame y te ayudarán los Estados imperiales», como decía un viejo refrán del Imperio; y viendo que el Imperio no les amparaba, volvieron á su antiguo deseo de buscar mejor protección en la neutralidad suiza entrando como décimocuarto cantón á formar parte de la Confederación helvética (1). Odios y rencores recíprocos fueron los frutos que en el campo alemán dió el fracaso por todos y por culpa de todos sufrido. Los imperiales y los brandeburgueses se atribuían unos á otros la responsabilidad del desastre; el elector Federico Guillermo de su propio puño y letra acusó á los del emperador, y en cambio la opinión pública en el Imperio se inclinaba á echar sobre él la culpa principal de la derrota, pues partía de la creencia errónea de que él solo había sido el general en jefe de los ejércitos imperiales. Es aventurado repartir la responsabilidad entre él y Bournonville, pues si bien es cierto que ambos cometieron errores militares, hácese difícil creer en la traición del general del Imperio, cuyas memorias acerca de la campaña no han llegado hasta nosotros.

La causa decisiva del fracaso fué quizá la falta de sinceridad y confianza que existió desde un principio en las relaciones entre aquellos dos hombres de tan distinta categoría, aunque tan esencialmente iguales uno á otro por su posición militar: cuanto hacia el uno era contrariado por el otro, y de aquí, como consecuencia natural, que mutuamente se paralizaran sus esfuerzos y se malograra la obra común. De lo que era

(1) Legrelle, pág. 313.

capaz sin tales obstáculos lo demostró muy pronto el elector de Brandeburgo en otras campañas; y todavía debían lucir para Alemania mejores días en su lucha contra Francia.

CAPITULO V

DESDE FEHRBELLIN Á NIMEGA Y SAN GERMAN

Los ejércitos aliados alemanes establecieron seguros cuarteles de invierno en los territorios del Imperio á la orilla derecha del Rhin, sentando su cuartel general los imperiales, los loreneses y los contingentes del departamento en el círculo de Suabia, los de Brunswick en Nordlingen y los brandeburgueses en el círculo de Franconia, en Schweinfurt. No quería esto decir que se diera por perdida la lucha del otro lado del Rhin, antes al contrario se proyectaba reanudar la campaña en la primavera inmediata, y para ello se proporcionaron á las tropas buenos cuarteles donde descansar y reponerse, se reforzó el ejército para suplir las bajas que había experimentado, se ocupó el puente sobre el río que ponía en comunicación las dos plazas de Estrasburgo y Kehl, y aun se dejó en la pequeña fortaleza alsaciana de Dachstein una guarnición, que, sin embargo, muy pronto se vió obligada por los franceses á capitular.

Nuevos elementos intervinieron entonces en la lucha: la política francesa no solo continuaba trabajando con la fuerza de sus armas, sino que al propio tiempo proseguía cada vez con más vigor sus vastas operaciones diplomáticas, con mucha frecuencia de más eficaces resultados que las otras. Hasta aquel momento la guerra se había circunscrito á los territorios del Oeste y del Sur de Europa, pues alcanzaba hasta Italia; pero á la sazón debían entrar asimismo en acción los países septentrionales.

Gran triunfo fué para la política francesa el hecho de que á la muerte del rey Miguel de Polonia lograra la victoria sobre los muchos pretendientes á aquel trono el gran mariscal de la corona Juan Sobieski (mayo de 1674), que, adicto ya á los intereses de Francia, formó, como rey, la más estrecha alianza política con Luis XIV. En los comienzos de su reinado destinó todas sus fuerzas á la peligrosa guerra con Turquía; mas para cuando ésta terminara como terminó en 1676, por medio de la intervención francesa, se ofrecían en Polonia las más poderosas combinaciones para acudir al auxilio de la causa de Francia. Además, podría entonces disponerse de las fuerzas de Turquía, que sería ya amiga de estas potencias, para tener en jaque á Rusia cuando esta nación se apercibiese á romper las hostilidades contra Suecia, y á Polonia le sería dado también suscitar al Brandeburgo dificultades en el ducado de Prusia (2). Por otra parte, para poner en grave aprieto al emperador, cabría ayudar á la revolución húngara. Todas estas posibilidades fueron tomadas en consideración y se hicieron los preparativos necesarios para que pudieran realizarse.

La acción y el efecto inmediatos debían, sin embargo, venir á consecuencia de la alianza con Suecia, á la cual, según el sistema francés, se le había encomendado la misión de dirigir un ataque contra la Alemania del Norte, para atraer á aquellos territorios las fuerzas alemanas, especialmente las del elector de Brandeburgo, y mejorar la situación del ejército del Rhin.

(2) En 11 de junio de 1675 firmóse á este efecto entre Sobieski y Luis XIV un tratado secreto por el cual el primero se obligaba, en cuanto se firmase la paz con Turquía, á declarar la guerra al elector de Brandeburgo y á reconquistar para Polonia, naturalmente con subsidios franceses, el ducado de Prusia. Este tratado ha sido publicado por vez primera en el *Archivo* de Schlosser y Bercht, tomo V, pág. 322, y aparece inserto en la obra de Morner, pág. 701. Véase también *Recueil des instructions*, tomo IV (Pologne ed. L. Farges), pág. 140.

En abril de 1672 firmóse el tratado de subsidios que obligaba al gobierno sueco á entrar en la lucha (1); esto no obstante, los gobernantes de Estokolmo habían procurado evadir todo lo posible el cumplimiento del compromiso contraído, iniciando una política de intervención sumamente complicada. En Berlin y en otros puntos del Imperio predicaban la conveniencia de no hacer la guerra á Francia; organizaron

el Congreso de la paz, de Colonia; hicieron grandes esfuerzos para conseguir la formación de un *tercer partido* neutral, y con todas estas gestiones que ningún resultado dieron, pretendían haber ganado suficientemente los cuantiosos subsidios que Francia les había dado. Feuquieres, embajador francés, no cesaba de apremiar á los de Estokolmo para que hicieran los armamentos necesarios y enviaran á Alemania



El rey Carlos XI de Suecia
Facsimile reducido de un grabado de R. White (1654-1704)

las tropas que habían prometido; pero aquel gobierno, á pesar de las enormes sumas que por virtud del tratado había recibido, se encontraba en la situación económica más apurada: las malas cosechas y el hambre tenían asolado el país, y el gobierno sueco, que no tenía el menor deseo de enredarse en una guerra con Alemania, echaba mano de todos los subterfugios para eludirla.

Así continuaron las cosas hasta 1674. Luis XIV había autorizado á su embajador para que hiciera enterever á los suecos la posibilidad de un aumento de 400,000 thalers sobre la suma hasta entonces pagada en concepto de subsidios, añadiendo á este estímulo otros de carácter personal. En la primavera hicieron formalmente los aprestos: á los 11,000 hombres del ejército sueco que se encontraban en Pomerania

(1) Véase más arriba.

y en Bremen había que agregar casi otros tantos, y el mariscal Wrangel, que debía mandar la expedición, hablaba de verificar una marcha al Rhin ó de invadir la Silesia y los territorios hereditarios austriacos (2). Por el momento no se pensaba en hostilizar al elector de Brandeburgo, que en la paz de Wossem había llegado á una inteligencia con Francia, y entre el cual y el rey de Suecia había firmado en diciembre de 1673 una nueva alianza defensiva, habiéndose además seguido negociaciones para llegar á una intervención común en pro de la paz (3).

(2) Carlson: *Historia de Suecia*, tomo IV, pág. 591.

(3) Véase Morner: *Tratados internacionales*, pág. 377: los dos firmantes se reservaron en un artículo separado y para el caso de que sus esfuerzos en pro de la paz fracasaran, la libertad de ponerse al lado de una ó de otra de las partes beligerantes; pero la alianza debía continuar en vigor aun cuando abrazasen causas contrarias.

La situación varió cuando en el verano de 1674 la guerra adquirió cada vez mayores proporciones, cuando entraron en ella España y el Imperio y el de Brandeburgo empuñó de nuevo las armas, encontrándose Francia enfrente de una grande y peligrosa coalición que se proponía el logro de fines trascendentales. Las excitaciones del embajador francés eran cada día mas apremiantes y tendían ya concretamente á que se declarara la guerra al Brandeburgo; pero también comenzaban á la sazón á influir en Suecia las consideraciones de sus propios intereses, y se empezaba á comprender claramente que las situaciones políticas en Francia y Suecia creadas por la paz de Westfalia se apoyaban mutuamente y dependían una de otra hasta el punto de que cualquier fracaso que sufriera el poderío francés había de traer consigo las mas funestas consecuencias para Suecia. Si el emperador y el Brandeburgo unidos — así lo entendía el embajador sueco en Viena, Isaías Pufendorf — lograban vencer á Francia, indudablemente dirigirían despues sus armas contra Suecia y tratarían de expulsarla de Alemania. De suerte que, á pesar de que ni el joven rey Carlos IX, nadie, ni el último plebeyo, deseaban la guerra, la fuerza de las circunstancias la hacía cada vez mas inevitable: la política sueca se consideraba en tal situación, que los servicios que prestara á Francia habían de salvarla á ella misma de grandes peligros.

Así, pues, cuando el elector Federico Guillermo en el otoño de 1674 comenzó su campaña en Alsacia, presentábase ya á sus ojos la probabilidad de un conflicto con Suecia. Para el caso de que este conflicto surgiera, creía que su alianza con el emperador, con los holandeses y con el Imperio le ponía suficientemente á cubierto, amén de que contaba como seguro, el día en que estallara la guerra, el auxilio de Dinamarca, que aun era deudora á Brandeburgo del favor que éste le había dispensado ayudándola en 1658.

La primera noticia de que sus temores se habían realizado llegó á oídos de Federico Guillermo durante su marcha de Schlettstad á Estrasburgo, cuando despues de su fracasada campaña conducía de nuevo sus tropas al otro lado del Rin. El día 25 de diciembre las tropas suecas habían pasado la frontera y establecido sus campamentos en el distrito de Uckermark, y á poco acudían también allí nuevos contingentes procedentes de Pomerania y del ducado de Bremen, que se desparramaron por aquel territorio indefenso, llevando el saqueo y el incendio á todas partes y no perdonando ni siquiera las pequeñas plazas fuertes. Entonces la generación joven de las aldeas y ciudades abiertas de la Marca comprendió por propia experiencia que la generación precedente, al relatarle los horrores de la gran guerra, nada había exagerado, y supo lo que significaba tener en sus territorios como enemigos á los suecos.

Por mas que los suecos, con aparente formalidad, aseguraran que esta invasión no significaba en manera alguna una ruptura de hostilidades; que solo se trataba por de pronto de situar á las tropas suecas en cuarteles de buenas condiciones, de igual modo que el mismo elector había acuartelado las suyas en otros territorios del Imperio, y que con ello no se quería mas que ejercer sobre él una presión para inducirle á permanecer neutral, todo en beneficio de la paz y con el intento de procurarla; por mas que así se expresaran los suecos, para el elector era indudable el rompimiento de la paz, y de su ánimo se apoderaron la tristeza y la indignación al considerar las desdichas con que la guerra amenazaba á sus leales brandeburgueses, desdichas que en aquellos momentos no le era dado evitar. Firmemente resuelto á contestar tan rudo golpe con no menos rudeza, escribió á su ministro Schwerin: «Pienso tomar el desquite hasta que me vea libre de esta vecindad, suceda lo que quiera.» Su imagina-

ción le representó en seguida toda la serie de felices consecuencias que podían nacer de esta lucha á que le obligaban, y su corazón abrióse de nuevo á la esperanza de libertar á Pomerania de la extranjera dominación sueca.

Animado por estos pensamientos, rechazó resueltamente toda idea de inteligencia pacífica con Suecia y con Francia y se dirigió á todos sus aliados exigiéndoles los mas pronto auxilios. Escribió al emperador diciéndole que para ayudarle á él y al Imperio había comprometido cuanto tenía en aquella guerra, dejando indefenso su propio territorio, exponiendo su persona y perdiendo en la lucha á su mismo hijo, por lo cual esperaba que no se le dejara abandonado para resistir á tan desleal ataque (1).

En efecto, todos se mostraron dispuestos á ayudarle. El gobierno de Viena, temiendo que los suecos avanzaran por la Nueva Marca hasta Silesia, concentró allí un cuerpo de ejército mandado por el mariscal Cob, que en el caso de que aquellos temores se realizaran debía operar en unión de los brandeburgueses. Sin embargo, lo que mas importaba era obtener el auxilio de los Países Bajos; y la diplomacia holandesa, contra su costumbre y gracias sobre todo á la influencia de Guillermo III de Orange, adoptó una resolución pronta. Ya en 13 de febrero los Estados generales decidieron considerar como existente el *casus fœderis* y prestar ayuda al elector por mar y por tierra contra los suecos, y en el Haya se acordó pedir terminantemente al emperador que propusiera á la dieta de Ratisbona la declaración de guerra del Imperio contra Suecia. El elector y Guillermo de Orange celebraron varias entrevistas personales, en las que se discutieron planes comunes de campaña y se señaló como objetivo de la lucha la conquista definitiva de Pomerania. También se adoptaron medidas para la guerra por mar, se expidieron patentes de corso, se alquilaron buques, y entonces fué cuando el elector firmó con el armador holandés Benjamin Raule el compromiso de que anteriormente hemos hablado.

Conseguida de la dieta la declaración de guerra contra Suecia y siendo de esperar el apoyo de Dinamarca, cuando menos despues de una primera victoria, la lucha en el Norte ofrecía probabilidades de buen éxito, sobre todo encargándose de dirigir la campaña contra Francia Guillermo de Orange, el duque de Lorena y Montecúculi. El partido franco-sueco solo contaba en el Imperio con el elector Fernando María de Baviera y el duque Juan Federico de Hanover, los cuales, indecisos y en la expectativa del éxito, únicamente podían constituir serio peligro en el caso de un desastre general.

Federico Guillermo obtuvo las primeras victorias por el solo esfuerzo de sus armas.

Los suecos habían ido extendiendo cada vez mas sus cuarteles en las Marcas, ocupando también la Nueva Marca y dando á entender que se proponían conservarla como presa de buena ley: en mayo invadieron el Havelland, granero de Berlin, y se atrevieron á llegar en sus incursiones hasta las puertas de esta capital. Toda la línea del Havel, desde Havelberg hasta Brandeburgo, fué ocupada, y al Norte de ella los pasos de Cremmen y de Fehrbellin y los puentes sobre el Rin cubrían la línea de comunicación con Pomerania.

Mandaba el ejército sueco el gran mariscal conde Carlos Gustavo de Wrangel, general que gozaba de gran fama militar, pero que á menudo se veía obligado á permanecer semanas enteras en la cama á consecuencia de los ataques de

(1) El elector al emperador Leopoldo; carta fechada en Rastadt á 5 de enero de 1675, inserta en la obra de Witzleben y Hassel: *Fehrbellin* (Berlin, 1875), pág. 26.

gota que padecía, si bien en este punto la partida era igual, porque el elector Federico Guillermo sufría en aquel entonces la misma dolencia. Ambos caudillos habían peleado juntos veinte años antes en la batalla de Varsovia. El plan de Wrangel consistía en atravesar el Elba lo mas pronto posible, penetrar en la Antigua Marca y desde allí ponerse en relación con el archiduque Juan Federico de Hanover, que estaba dispuesto á unirse con su ejército á los suecos. Conseguido esto, se dirigiría el ataque contra los territorios

brandeburgueses situados entre el Elba y el Weser, es decir, los principados de Halberstadt y de Minden, y se procuraría efectuar la unión con un cuerpo de ejército bávaro, con lo cual se tendría en el corazón mismo del Imperio un cuerpo de ejército que, según las circunstancias lo exigieran, podría hostilizar al de Brandeburgo ó amenazar por la espalda al ejército alemán del Rin (1).

Como se ve, las cosas presentaban grave aspecto: la ocupación de la Marca por los suecos era solo el primer paso;



El mariscal Turena
Facsimile reducido de un grabado de Antonio Masson (1636-1700)

si se conseguía dar el segundo, es decir, penetrar en el territorio comprendido entre el Elba y el Weser, casi podía considerarse inevitable el tercero, ó sea el restablecimiento de las comunicaciones con el ejército francés en el teatro de la guerra del Rin y de Westfalia, merced á lo cual se lograría una cohesión que daría á los franceses y á los suecos una superioridad irresistible en las operaciones de aquella lucha. Era, pues, ante todo preciso realizar al otro lado del Elba la unión con el cuerpo del duque de Hanover.

(1) Véase Witzleben y Hassel, pág. 52, datos tomados de las memorias del embajador francés Vitry que se encontraba en el cuartel general de Wrangel. Véase también Carlson, tomo IV, pág. 604. Acerca de los esfuerzos que hizo Francia para conseguir de Baviera que la ayudara con las armas contra el emperador, véase la instrucción para de la Haya, enviado á Munich en febrero de 1675, en el *Recueil des instructions*, tomo III, pág. 49: de ella se desprende que en Paris no se cifraban grandes esperanzas en las resoluciones belicosas del elector Fernando María.

Pero la ejecución de las medidas para ello necesarias se fué aplazando de una á otra semana. A mediados de junio el ejército sueco ocupaba una extensa línea á lo largo del Havel y permanecía allí dispuesto á emprender la marcha para pasar el Elba. Wrangel se creía completamente seguro y no juzgaba necesario precipitarse, pues aun cuando sabía que el elector había salido de sus cuarteles de invierno y avanzaba sobre él, el camino que para ello debía recorrer era largo y á sus oídos no había llegado todavía la noticia de que el enemigo se aproximara. El paso del Elba debía efectuarse por Havelberg, pero el grueso de las tropas, unos 12,000 hombres, estaba aun en los alrededores de Brandeburgo, y en el centro de la línea de marcha, entre esos dos puntos, hallábase la pequeña ciudad de Rathenow en el Havel, que estaba ocupada por un pequeño destacamento sueco. Wrangel había dado orden de que todas las tropas se dirigieran á Havelberg para pasar en este punto el río.

Así las cosas, recibióse de repente la terrible noticia de

que el centro de las posiciones suecas había sido roto en Rathenow, siendo derrotada una parte de las tropas y viéndose la otra obligada á emprender la retirada. De suerte que los brandeburgueses vencedores se encontraban en medio de las dos fracciones separadas del ejército sueco.

El elector Federico Guillermo había conseguido una brillante victoria.

A fines de mayo había salido de sus cuarteles de Franconia al frente de un ejército de 15,000 hombres aproximadamente, de ellos 8,500 soldados de infantería y el resto caballería y dragones. Después de haber atravesado á marchas forzadas la selva turingia, llegó el día 21 de junio á Magdeburgo, donde los suecos estaban en relaciones con algunos traidores, y donde adquirió la certeza de que el enemigo no tenía noticia alguna de su aproximación, en vista de lo cual adoptó las medidas necesarias para que se guardara el secreto el mayor tiempo posible.

Hecho esto, y sin detenerse más, prosiguió avanzando por malos caminos y en medio de lluvias torrenciales. La mayor parte de la infantería debió, sin embargo, detener su marcha para juntarse luego lentamente con el resto de las fuerzas: únicamente 1,200 mosqueteros fueron acomodados en vehículos para que pudieran seguir á los 6,000 jinetes y dragones destinados á dar el primer ataque.

En la madrugada del 25 de junio llegaron los expedicionarios á las puertas de Rathenow, cuya guarnición se hallaba completamente descuidada. El anciano mariscal Derfflinger quiso dirigir el primer ataque personalmente, á pesar de sus sesenta y nueve años, y apelando á una feliz estratagema ganó con unos pocos ayudantes el primer puente sobre el Havel, presentándose para ello como oficial sueco fugitivo á quien perseguían de cerca los brandeburgueses. Inmediatamente después aparecieron éstos por todos lados, jinetes é infantes invadieron la ciudad, y aunque la guarnición se defendió valerosamente, después de una encarnizada lucha por las calles que duró muchas horas, todos los suecos fueron muertos ó hechos prisioneros.

Esta sorpresa constituía una importante victoria, pues desde el momento en que el ala derecha de los suecos que formaba el grueso del ejército y que se encontraba en las inmediaciones de Brandeburgo, se veía completamente incomunicada con la izquierda á consecuencia de la repentina ocupación de Rathenow, era imposible pensar por de pronto en que los suecos se unieran en Havelberg y por allí pasaran el Elba. No les quedaba, pues, más recurso que emprender la retirada hacia el Norte para llegar cuanto antes á los pasos del Havel y verificar la unión en el distrito de Priegnitz.

Pero la persecución de los brandeburgueses fué más rápida, y como les era imposible esperar la llegada del grueso de la infantería que hacía poco había salido de Magdeburgo, hubieron de acometer la empresa con las pocas fuerzas de que disponían. El plan del elector consistía en mantener durante el mayor tiempo posible al enemigo en el territorio comprendido entre el Havel y el Rhin, cortarle la retirada por el Norte y aislado ó unido derrotarle. A toda prisa y bajo la dirección de guías conocedores del país, enviáronse algunos destacamentos que por caminos difíciles y solo conocidos de aquellos naturales pudiesen destruir los pasos del Rhin á la espalda del enemigo (26 de junio). El valiente teniente coronel Hennigs, acompañado de cien jinetes, llegó felizmente á Fehrbellin, destruyó el dique é incendió el puente que allí existían; asimismo fueron destruidos por otros destacamentos brandeburgueses los pasos de Cremmen y Oraniemburgo.

De la ocupación efectiva de la línea de retirada enemiga

hubo de desistirse porque no eran suficientes las fuerzas de que á la sazón se disponía. Lo que más urgía era perseguir sin pérdida de momento y de cerca al enemigo que huía, á fin de que no se escapara impunemente. El grueso del ejército sueco que estaba en Brandeburgo á las órdenes de Waldemaro de Wrangel, hermano del gran mariscal Carlos Gustavo, en cuanto tuvo noticia de la pérdida de Rathenow, se puso en movimiento hacia el Rhin para llegar al paso de Fehrbellin. El día 26 de junio, el elector salió de Rathenow y por Barnewitz y Gohlitz se encaminó á Nauen para perseguir al enemigo, y á la mañana siguiente su impetuosa vanguardia logró dar alcance y pasar á cuchillo en Gohlitz á una sección de la retaguardia sueca. Pero la ventaja que los suecos habían tomado era demasiado grande, así es que llegaron felizmente á Nauen y al paso de este punto que era de facilísima defensa: los brandeburgueses, que les iban á los alcances, tuvieron que detenerse allí muchas horas y sólo pudieron proseguir sin dificultad su marcha, cuando al llegar la noche los suecos evacuaron aquella posición y se retiraron en dirección á Fehrbellin.

En la madrugada del 28 de junio, la vanguardia, compuesta de 1,500 jinetes á las órdenes del landgrave Federico de Hesse-Homburgo, fué destacada con orden de detener al enemigo en su marcha. A las seis de la mañana comunicó Homburgo que los suecos estaban á la vista y pidió permiso para atacarlos á fin de contenerlos hasta tanto que llegaran las tropas que en pos de él iban.

Dos posibilidades se ofrecían á los brandeburgueses. El mariscal Derfflinger proponía efectuar un movimiento envolvente para caer sobre las espaldas del enemigo, dar un rodeo al Norte de Nauen por la aldea de Bernicke y al Este sobre Flatow hacia Cremmen, atravesar el paso que allí existía, marchar en dirección á Fehrbellin y de esta suerte caer en este punto sobre los suecos por retaguardia, obstruirles el camino antes de que pudiesen reconstruir el puente y cerrarlos, por consiguiente, en Havelland, donde serían completamente aniquilados, pues el mariscal afirmaba que antes de dos días el hambre les obligaría á pedir misericordia.

El elector, sin embargo, rechazó este plan durante cuya ejecución, dado el mal estado de los caminos que había que seguir, probablemente conseguirían los suecos refugiarse en Priegnitz sin ser molestados, y resolvió proseguir la persecución directa para obligar á Wrangel á aceptar una batalla campal antes de llegar á Fehrbellin.

Entretanto, la vanguardia de Homburgo, reforzada con una sección de dragones que se le envió después de haberse puesto en marcha, alcanzó en la aldea de Linum á los suecos que por un momento aparentaron apercibirse á la resistencia en aquella posición favorable, constituida por la llamada línea de defensa y protegida á derecha é izquierda por pantanos intransitables. Muy pronto, sin embargo, abandonó Wrangel esta posición para adoptar más atrás otra entre las aldeas de Linum y Hakenberg, donde formado en orden de batalla esperó el ataque. Allí debía trabarse la lucha decisiva.

Los suecos disponían de 6 á 7,000 infantes, 4 á 5,000 jinetes y de 38 cañones; el elector no tenía más que caballería y dragones en número total de 6,400 hombres y 12 piezas de artillería: de los 1,200 infantes que le habían acompañado en su marcha forzada á Rathenow, 700 mandados por el coronel Donhoff habíanse quedado de guarnición en aquella ciudad, y los otros 500, á las órdenes del teniente coronel Kanne, no habían podido seguir el paso de la caballería y hasta después de terminado el combate no llegaron al campo de batalla.

A las ocho de la mañana el elector estaba dispuesto á la

acción con todas sus tropas y con la artillería que iba llegando por caminos pantanosos y con lodo hasta la rodilla. El tiempo estaba revuelto y brumoso y caían frecuentes chubascos, de modo que en uno y otro campo á duras penas podía verse la posición del contrario. La batalla comenzó con un ataque de frente de la caballería brandeburguesa, pero al mismo tiempo que de esta suerte entretenía el elector al enemigo, aprovechando la niebla de la mañana que ocultaba sus movimientos, consiguió situar en una serie de montículos de arena que á su flanco derecho se alzaban, y que los suecos habían dejado indefensos, algunos cañones que, protegidos por dragones desmontados, rompieron terrible fuego contra las filas enemigas. Pronto hubo de verse que en este sitio (donde en 1875 se inauguró un monumento consagrado al recuerdo de aquella batalla) debía propiamente decidirse la jornada, y en su consecuencia en él se situaron el elector y Derfflinger para seguir y dirigir el curso de la lucha.

Apenas comenzó á funcionar la artillería brandeburguesa, reconoció Wrangel la falta que había cometido, y para subsanarla trató de dar con todas sus fuerzas el asalto de las peligrosas colinas, haciendo entrar á este efecto en acción uno tras otro todos los regimientos de veteranos suecos. El primer ataque, confiado al regimiento de infantería de Dalwig y á numerosa caballería, fué terrible: los suecos, siguiendo su acostumbrada táctica, llevaban delante á los piqueros con las picas bajas; detrás avanzaban los mosqueteros haciendo fuego, y á ambos lados iba la caballería. Una parte de los jinetes brandeburgueses emprendió la fuga y los cañones se vieron en peligro. El elector en persona se esforzaba por contener á los que huían, y cuando llegó el coronel Morner con su regimiento dió orden de lanzarse sobre el enemigo á fin de salvar los cañones de cuya conservación dependía todo. Los valientes jinetes de Morner se arrojaron en medio del regimiento de Ostrogothia que avanzaba á las órdenes del coronel Weichtmeister; los dos jefes, en aquel resuelto choque, se encontraron frente á frente y llegaron á cruzar las espadas. Morner cayó al suelo mortalmente herido de un sablazo que le asestó el coronel sueco, el cual á su vez sucumbió á poco derribado por un soldado brandeburgués: también cayó herido el teniente coronel Hennigs, que al ver muerto al coronel se puso al frente de los vacilantes escuadrones (1). El elector y Derfflinger llevaron refuerzos á los suyos y otro tanto hicieron los suecos, con lo cual toda la lucha se concentró en aquel sitio. Por espacio de dos horas la refriega presentó un carácter espantoso, salvaje; amigos y enemigos revueltos se acometían con furia brutal: «tan pronto me veía obligado á correr como á hacer correr á los demás,» escribía el landgrave de Homburgo á su esposa dándole cuenta de la batalla. El elector se ponía con frecuencia en persona al frente de los suyos para llevarlos al combate; su escudero Froben cayó muerto á su lado, herido por una bala de cañón; él mismo, en el ardor de la pelea, llegó á avanzar hasta verse rodeado de jinetes enemigos de cuyos golpes pudo á duras penas librarse, y hasta el anciano Derfflinger fué salvado de igual peligro por el landgrave. Pero después de dos horas de sangrienta lucha el éxito de la batalla quedó decidido: toda la caballería brandeburguesa se arrojó sobre el ala derecha de los suecos, auxiliada eficazmente desde las alturas por la artillería; el regimiento de Weichtmeister perdió, además del coronel, la mitad de su contingente; el de

infantería de Dalwig, que inició el asalto contra las colinas, quedó casi completamente destruido por el mortífero fuego de los cañones, y finalmente cercado y acuchillado por la caballería brandeburguesa. A las diez, cuando el sol disipó la niebla, Wrangel suspendió el combate en su ala derecha, único punto donde se había luchado hasta entonces, y ordenó la retirada hacia Fehrbellin, distante una hora del campo de batalla, movimiento que los suecos efectuaron en completo orden. El elector trató de proseguir la lucha atacando á la caballería del ala izquierda que debía proteger la retirada de la infantería, pero esta tentativa fracasó porque el ataque de los extenuados jinetes brandeburgueses fué energicamente rechazado por las tropas suecas que no habían entrado en acción. A pesar de esta circunstancia, el landgrave, en su severo rigorismo, dijo que en aquella situación sus jinetes no habían cumplido con su deber (2).

Todavía durante algún tiempo fueron perseguidos los fugitivos suecos por la artillería y la caballería brandeburguesas, pero en vista de que considerables masas de infantería de refresco protegían la retirada de aquellos á Fehrbellin, donde habían ya los vencidos comenzado á reconstruir los puentes destruidos, el elector dió, por aquel día, por terminada la lucha. Al siguiente, como la retirada de los suecos por los puentes provisionales, estrechos y poco resistentes, solo podía efectuarse muy lentamente, la vanguardia brandeburguesa reanudó el combate en Fehrbellin, aunque sin gran energía: el objetivo inmediato de la lucha estaba conseguido, y las tropas extenuadas, que en los últimos días habían efectuado marchas inconcebibles, necesitaban descansar; los jinetes brandeburgueses no habían quitado las sillas á sus caballos desde su salida de Magdeburgo. Wrangel prosiguió su retirada hacia Wittstock, donde esperaba descansar; pero pronto estuvieron nuevamente sobre él los brandeburgueses. Después de un reñido combate en este último punto (1.º de julio) el gran mariscal se apresuró á llegar á la frontera de Mecklenburgo y á volver á Pomerania con sus regimientos muy diezmados por las deserciones. Quedaba, pues, terminada la liberación completa de la Marca.

Tal fué el curso de las campañas de Rathenow y Fehrbellin. Aquella empresa, desde la vigorosa expedición nacida en Franconia y terminada en el Rhin, después de atravesar el Imperio, no había sido más que una sola agitación violenta é incansable. La batalla de las colinas de arena de Hakenberg no fué una batalla de grandes proporciones, pues solamente una parte de las tropas suecas entraron en acción. Los suecos habían peleado para salvar la retirada y habían logrado efectuarla sin que su ejército se desbandara por completo; pero el efecto moral había sido terrible. Aquel ejército que, orgulloso y seguro de la victoria, había invadido la Marca medio año antes; aquel ejército tan famoso como temido, compuesto de todas armas, había sucumbido ante el ataque de un adversario que apenas contaba con la mitad

(2) Quizás, como sospecha Witzleben, pág. 89, á este motivo y no al rápido avance que por la mañana había efectuado Homburgo en Linum hay que atribuir el descontento que contra él sintió el elector, descontento que la leyenda histórica ha desfigurado y á consecuencia del cual ocho días después de la batalla de Fehrbellin el landgrave se retiró del ejército. De los documentos publicados por Jungfer en la *Historia de Federico de Homburgo*, etc. (*Investigaciones para la historia alemana*, tomo XXVI), pág. 335, aparece muy dudosa la cuestión de si la resolución del landgrave estuvo relacionada ó fué motivada por los acontecimientos militares de Fehrbellin: el landgrave creía tener otros muy distintos motivos para estar descontento, motivos que eran de carácter personal y se derivaban de particulares negocios. Por lo demás, el landgrave volvió ya en el mes de noviembre á unirse al ejército y tomó parte en las siguientes campañas. Sobre este particular véase la memoria de Barrentrapp: *El príncipe de Homburgo en la historia y en la poesía* (*Anuario prusiano*, tomo XLV).

(1) El teniente coronel Joaquín Hennigs obtuvo inmediatamente después de la batalla el mando del regimiento que hasta entonces había sido de Morner y fué elevado por el landgrave á la nobleza con el nombre de Hennigs de Treffenfeld.